



La Lectura Popular

AÑO XVII

Orihuela 15 de Agosto de 1899.

Núm. 384

Hacer política

Tengo el disgusto de presentar á usted el alcalde de Castellon.

Otro alcalde que hace par con el de Cadiz.

Ambos se han propuesto escalar el templo de la fama y van á lograrlo con más razon que aquellos monterillas del Quijote que salieron en distintas direcciones á buscar un borrico, y con tal perfeccion imitaron el rebuzno para hacer reclamo al que buscaban que acabaron por encontrarse el uno con el otro.

Desde entonces datan aquellos versos que dicen:

*No rebuznaron en valde
El uno y el otro alcalde.*

E. de Castellon y el de Cadiz han coincidido, porque entonaron la misma cantata imitando con perfeccion admirable la voz de...

—¿Del borrico tercero?

—No señor: se trata de bestia mayor; la voz del diablo.

Ambos para arrancar la Imagen del Corazon de Jesus de las casas católicas, han alegado que esa Imagen era un *emblemático político* que daba ocasion á que se *alterase el orden*, con lo que no han hecho sino repetir el sonoro rebuzno con que los progresistas de todos los tiempos y paises han procurado siempre impedir toda accion religiosa trascendental.

Haceis política, han dicho los liberales cada vez que los católicos han movido la mano ó el pié para contrarrestar la corriente de la impiedad y la basura revolucionarias.

Haceis política, han repetido en todos los tonos cada vez que el espíritu cristiano ha querido *hacer verdad*, y *hacer honra*.

Y con esta frase, ó sea, este rebuzno, han hecho enmudecer predicadores, han procesado y encarcelado sacerdotes; han perseguido Obispos; han despreciado la

voz del soberano Pontífice, y hoy arrancan, no solo de las puertas de las casas, sino hasta de los pechos de los católicos la Imagen del Corazon de Jesus, poniéndose por montera la constitucion, el derecho, la justicia y hasta el sentido comun.

Pero el sofisma es muy antiguo: tan antiguo como el infierno que lo inventó.

Por *hacer política* se condenó ya á Jesucristo hace 19 siglos llamandole enemigo del Cesar; y por *hacer política* se hizo rodar la cabeza de once millones de mártires calificandoles de enemigos del imperio.

Segun aseguraban los liberales de aquellas kalendas, los cristianos eran ya entonces unos sediciosos que *hacían política* y atacaban las instituciones.

Y era verdad: realmente atacaban las instituciones.

—¿Qué instituciones?

—Las del infierno, hombre, las del infierno: las instituciones en que descansa el orden y la paz de la pillaría.

¿Le parece á usted flojo ataque, turbar la paz del pecado mortal? ¿Le parece á usted poco, atentar contra la tranquilidad del que tiene en el bolsillo lo que no es suyo; del que vive con la mujer de su prógimo; del que al amparo de las influencias de partido, chupa la sangre de pueblos enteros?

No podemos negarlo: nosotros los católicos que queremos la imagen del Corazon de Jesus en nuestras casas y en nuestros pechos, *hacemos política; atacamos las instituciones; alteramos el orden.*

El orden en que se apoyan los blasfemos que desde las cátedras oficiales arrancan la fé de nuestros hijos.

Las instituciones en que se apoya la prensa impía para corromper y extraviar al pueblo infeliz.

La política en que estriba la libertad liberal de obrar todas las maldades, todas las injusticias, y todas las infamias que hoy destruyen la sociedad.

Por que Jesucristo que es la antítesis y la condenación viva de toda iniquidad y

de todo pecado, es tambien un ataque vivo y enérgico á todo cuanto, así en política como en todas las cosas, conduce á los hombres á la perdicion; y en este sentido su Imágen Sacratísima resulta una imagen política, y su Corazon un corazón político.

Y ahora preguntamos ¿puede darse rebuzno mayor que el de condenar un acto religioso por que envuelva trascendencia política?

¿Hay algo en religion que no pueda traducirse más ó menos directamente como representación de una idea política, que es el considerando textual en que el monterilla de Castellón ha fundado su bando draconiano, para atentar contra la imagen de Cristo?

Pues no faltaba más si no que la religion enemiga de toda maldad no fuese enemiga de la maldad política. Eso quisieran los liberales, y eso quieren, que la política sea una bandera *tabú* bajo cuyos pliegues pueda descansar la granjería y disfrutar tranquilamente el fruto de sus maldades sin que nadie la moleste.

Hace muchos años que el diablo tiene elegida la trinchera política para, desde allí, hacer fuego al ejercito de Cristo.

Pues hay que arrojarlo de ella con el arma del Corazon de Jesus, cueste lo que cueste.

Y si nos echa en cara á los católicos que con la escusa de la religion nos metemos en política, nosotros debemos contestarle que él, con la escusa de la política, se mete en religion.

Porque con su política ha arrojado á Cristo de las cátedras, y con su política ha arrojado á Cristo de las leyes, y con su política le ha arrojado de la prensa, y con su política le ha arrojado del hogar, y con su política le está arrojando de todas partes incluso de la casa de los católicos, para preparar el golpe conque sueña hace mucho tiempo de que llegue el dia en que lo arroje de la iglesia y cierre la puerta y nos vuelva á meter en las catacumbas.

A nosotros nos toca pues arrojarlo á él

de todas las posiciones que ha tomado, para devolver á Cristo su reinado social.

Y si la bestia rebuzna y repite que *hacemos politica*, contéstesele que los candores progresistas pasaron de moda y que ya nos conocemos todos y sabemos á donde vamos.

Todos vamos á *hacer politica*: solamente que unos hacemos la de Dios y otros la de Lucifer.

ADOLFO CLAVARANA

LO DE CASTELLÓN

Sentimos que la estrechez del espacio no nos permita decir todo lo que allí ha ocurrido, pero nuestros lectores habrán podido enterarse ya por la prensa diaria, de que allí como en Cadiz, el odio liberal al Corazon de Jesús ha estallado de una manera brutal produciendo verdaderos martires que si no han muerto les ha faltado poco.

Entre los heridos ha habido tres sacerdotes barbaramente apaleados.

Indudablemente llegó la hora de arrojar la careta que ya no puede sostenerse en la casa de ciertas gentes y cada cual va demostrando lo que es.

El Ilmo. Sr. Obispo de Tortosa ha dirigido al Gobernador de Castellón una carta protesta y un mensaje á la Regente que han merecido otras muchas firmas, pero... ahí me las den todas. La cosa marcha.

SUSCRIPCION

PARA SOCORRER Á D. BERNARDO SANTIAGO FRANCO DE CADIZ, DECLARADO CESANTE EN CASTIGO DE HABER COLOCADO EN LAS PUERTAS DE VARIAS CASAS LA IMAGEN DEL SAGRADO CORAZON DE JESÚS.

	ftas. C.
Suma anterior	122 75
D. Lucio Gonzalez (Santa María)	60
• A. N. (Madrid)	1
• Roque Fernandez (Agudo)	2
• José A. de Miranda (Mogrovejo)	1
• Francisco Atienza (Gozon)	5
• Casimiro Pradres (Salmorales)	2
• Enrique Ballenilla (Cuenca)	10
• José Cabrera Gomez (Galera)	5
• Joaquin R. Hernandez (Almería)	2
• Anastasio R. Gimenez (Logroño)	25
• Varios devotos del S. C. (Granada)	4
• Una gaditana.	2 10
• Martin Caballero (Santa Eufemia)	1
• Un devoto del S.C. (Codorniz)	5
• J. F. O (Lérida)	25

Recibido de Zaragoza

D. José Casabona. • Atanasio Serrano. • Mariano Dominguez. • Carmen Catalan. • Tomasa Tornér. • Petra Serrano. • Mariana Ruiz. • Antonio Beltran. • Simon Uson. • José Domingo. • Ramon Garcia. • Marcelina Tierno. • Mariano Ruvia. • Eusebio Gines. • Angel Simon, • Mariano Perez.

• Evaristo Gimenez. • José Fernandez. • Pedro Ruvia. • Juan Martín. José M.^a Ruiz. • Andres Jerez. • Antonio Revollo. • Ignacio Alvarez. • Juan Salas. • Javier Rúa. • Juan Quintero. • Pedro Villarroya. • Luis Ayerbe. • Atanasio Melendez. • Esteban Marin. • Luis Lacasa. • Manuel Fernandez. • Pedro Escudero. • Enrique Castellano. • Ramon Fuerte. • Nicolas Duro. • Estanislao Dragon, á 25 céntimos cada uno. 9 50

D. Antonio Lacalle. • Pascual Querrol. • Sebastian Nieto. • Francisco Huertolas. • Agustin Herrera. • Mariano Gracia. • Juan Gota. • Pedro Vicente, á 50 céntimos. 4

D. Emilio Villellas. • Feliciano Torres. • María Contreras. • Ruperta Lamarca. • Sixto Lamarca. • Joaquina Herrero. • Gerardo Villellas. • Magdalena Villellas. • Patrocinio Villellas. • Lucianito Lamarca. • Ricardo Lamarca. • Juan F. Lamarca. • Antonio Dicto. • Antonio Fuertes. • Florentin Lorente. • Felipe Farjas. • Felipe Garcia. • Bernabé Garcia. • Un Católico. • Juan Asensio. • Vicente V. Bergés. • Faustino Calvo. • Ricardo Ravinol, á una peseta. 23

D. José Cerdá 1 50
D. Antonio Palos. • Valeriano de Ledesma, á dos pesetas. 4
D. Ruperto Lamarca. • Patricio Lamarca, á 5 pesetas. 10

Recibido de Azcoitia

D. Cipriano Alberdi, • Vicente Arana, • Teodoro Ibarán, • José Mancóriolo, • Javier Ordorica á 1 peseta. 5
D. Carlos Bastanica, • Francisco Olariaga, • Antonio Lanáñaga á 2 P. 6
D. José Cruz, • Ramon Albadi, • José Clemente, • Martin Irureta á 0'50 2
D. José Echevarría 1 50
D. Juan José Espelde 9 50

Suman pesetas 289 45

Queda terminada esta suscripcion en atencion á haber sido colocado D. Bernardo Santiago por un católico ferviente que le ha proporcionado un empleo particular.

Las 289 pesetas 45 céntimos obran ya en poder del interesado.

VARIEDADES

ÚLTIMOS DÍAS Y MUERTE

DE

María Santísima

I.

Algún tiempo antes de la muerte de la Santísima Virgen, cuando fué interiormente advertida de que se acercaba la hora de reunirse con su Dios, su Hijo y Redentor, pidió que se cumpliese la promesa que Jesús le había hecho en casa de Lázaro, en Betania, la vispera de su Ascension. Me fué revelado que entonces, suplicando María á Jesús, que después de su Ascension no la dejase mucho tiempo en este valle de lágrimas,

mas, el Salvador le dijo en términos generales que debía cumplir algunas obras espirituales durante su permanencia en la tierra; pero también le dió á conocer que, cuando Ella lo pidiese, los Apóstoles y muchos discípulos se juntarian en su casa para asistir á su muerte; le indicó lo que debía decirles y cómo había de darles su bendición.

También vi que Jesús dijo á la inconsolable Magdalena que ella debía ocultarse en el desierto, y su hermana Marta establecer una Comunidad de mujeres, y añadió que, El estaría siempre con ellas.

Cuando la Santa Virgen oró para que los Apóstoles viniesen á donde Ella estaba, vi que la convocación les llegó á diversas partes del mundo. Los Apóstoles tenían pequeñas capillas en los diversos lugares en que habían predicado. Si bien muchas de ellas no había sido hechas de piedras, sino sólo de ramas entretrejidas y embarradas, todas las que vi eran de la parte posterior de la misma forma redonda ó angular que la casa de María cerca de Efeso. Tenían altares en los cuales se celebraba el Santo Sacrificio.

Vi que los Apóstoles, por muy lejos que se hallaran, fueron avisados por apariciones de que fuesen á la residencia de la Santa Virgen. En general los viajes tan largos de los Apóstoles no se hicieron sin una asistencia milagrosa del Señor. Creo que muchas veces, sin que ellos los conocieran, viajaban ayudados por un socorro sobrenatural, porque más de una vez pasaron por medio de apiñadas turbas sin que nadie los viese... Cuando el Señor llamó á Efeso á los Apóstoles, Pedro, y también Matías, segun creo, estaban en las inmediaciones de Atiquia. Andrés, que venía de Jerusalén, donde había tenido que sufrir la persecución, no se hallaba muy lejos de ellos. Pedro y Andrés se detenían por la noche, ó la pasaban en diferentes lugares, no muy distantes unos de otros. No se alojaban en ciudades, sino en las posadas públicas, á las orillas de los caminos. Estaba Pedro acostado junto á un muro cuando un hombre resplandeciente se le acercó, lo despertó, le tomó de la mano, y le dijo que debía ir pronto a donde se hallaba la Santa Virgen, y que en el camino encontraría á su hermano Andrés. Pedro, debilitado por los años y por las fatigas del apostolado, se enderezó en la cama y apoyó las manos en sus rodillas, mientras le hablaba el Angel. Luego que éste desapareció él se levantó, se ciñó, se puso el manto, tomó su bastón y partió. No lejos encontró á Andrés, que había tenido una aparición semejante. Más allá se reunieron con Tadeo, á quien había sucedido lo mismo, y se fueron á casa de María, en la cual encontraron á Juan. Judas Tadeo y Simón recibieron en Persia el aviso, Tomás, rechoncho y de cabellos negro-cobrizos, se hallaba más lejos que todos y llegó despues de la muerte de María. No estaba en la ciudad, sino en el campo, en una choza de cañas, y oraba, cuando el Angel le ordenó que fuese á Efeso. Le vi en el mar en una barquilla, con un sirviente de gran simplicidad: atravesó enseguida el continente, y me parece que nunca entró en ciudad alguna. Tambien vino con El un discípulo. Se hallaba en la India cuando recibió el aviso; pero antes de recibirlo había formado el designio de dirigirse más al Norte hasta la Tartaria, y no pudo resolverse á abandonar aquel proyecto. Siempre quería hacer mucho, y muchas veces llegaba tarde. Avanzó, pues, al Norte, rozando con los límites de la China, y llegó á las actuales posesiones de la Rusia. Aquí recibió un nuevo aviso, y á pasos muy precipitados se dirigió á Efeso. El servidor que traía era un bárbaro á quien había bautizado.

Juan se hallaba poco antes en Jericó, y

aquí recibió el aviso. Residía ordinariamente en Efeso, pero iba con frecuencia á Tierra Santa.

Bartolomé estaba en Asia, al Oriente del mar Rojo. Era un hombre hermoso, inteligente, blanco, de elevada frente, ojos grandes, cabellos negros y ondeados, barba negra, corta y crespada. Recientemente había convertido á un rey y á su familia...

He olvidado donde Santiago el Menor recibió el aviso. Era guapo hombre, y se parecía á Jesús...

Pablo no fué llamado á Efeso. Fueron llamados solamente aquellos que eran parientes de la Sagrada Familia ó que habían tenido relaciones con ella.

Vi que cinco discípulos formaban también en parte de ese grupo. Conservo especialmente recuerdo distinto de Simeón el Justo, de Bernabé ó Bársabás. Uno de los otros tres era de aquellos hijos de pastores que acompañaron á Jesús en el viaje que hizo después de la resurrección de Lázaro. Los otros dos eran de Jerusalén.

V. ANA CATALINA EMMERICH.

(Vida de la Santa Virgen.)

SECCION HUMORÍSTICA

MALALENGUA

(CUENTO)

Así la llamaban y tenía bien ganado el nombre: de pueblo en pueblo iba con la cesta de la quincalla y un zurrón muy grande lleno de chismes, enredos y bellacuerfas que sobre la mercancía repartía gratis á los parroquianos. No hay que olvidar que la pícara curiosidad perdió á nuestra madre Eva, y como sus hijas heredaron la gracia, se pirran por saber vidas ajenas, rabian por oír historias, y se bañan en agua rosada cuando se le corta un sayo á Fulanica ó Menganica, que son más guapas que ellas ó viven en posición más desahogada que la suya. Pues sucedía que apenas Malalengua asomaba por las calles del lugar anunciándose con esta cantinela:

La quincallera
va por la calle,
todo lo vende
medio de balde;

cuando las tres cuartas partes de las mujeres saltan á la puerta, cual remendando los calzones del marido, cual con el mamon en brazos; ésta mondando las patatas para el puchero, aquella peinándose las greñas ó tirándole del brazo á un chiquillo á medio vestir: en una palabra, acucian toditas al cebo de aquella lengua de vibora, y por el placer de oír la dejaban las haciendas de sus casas; y por no dispartirla se dejaban engatuzar por su condenado labio, comprándole tal ó cual baratija más ó menos inútil, con dinero prestado unas veces, cercenándole

otras á lo más preciso.

Así vivía y así medraba Malalengua; pero también había su tropezoncito en el camino de sus glorias: dábalo en la puerta de la tía Manuela, cerrada indefectiblemente á sus chismes y habladurías: en vano la empujaba con el ansia de quien espera satisfacer un deseo muy vivo, que si cedió aquello, no así la voluntad de su dueña, quien al meloso «¿Qué falta hoy?» acompañado con la relación de los artículos que llevaba en la cesta, respondía con buen modo, pero con marcada sequedad: «No falta nada».

Así y todo Malalengua, que era baja y rastrera como las culebras sus hermanas, con la esperanza de entablar conversación, le suplicaba con traguitos de agua que venía ahogadita de sed con el sol y la mercancía acuestas; una hojita de perejil para el salpicón, ó cuatro granicos de cominos para la ensalada.

Dábale la tía Manuela de lo que tenía, pero en cuantito que comenzaba el palique, la dejaba con la palabra en la boca, espetándole siempre la misma excusa:

—Usted me perdona, pero tengo que hacer allá dentro.

Y se largaba, dejando á la encismadora más fea de lo que era. Verde se ponía de coraje, y si con los ojos se matara, ya le podían cantar los responsos á la tía Manuela: afortunadamente los ojos no matan, pero Malalengua se consolaba pensando: El día en que pueda yo meter el cisma en esta casa, arde desde el tejado á los cimientos.

Tenía la tía Manuela dos hijos como dos pinpollos. Cuando el mayor tuvo la quinta, le libró su madre por ser viuda, y cuando le tocó al segundo entrar en suerte aconsejaron al primero que se casara para que á su vez pudiera librarse el otro de ir al servicio. Así lo hizo, buscándose una chica de un lugar vecino, la cual dijo Malalengua que no había sido muy del gusto de su madre.

Hízose la boda, y si tenía fundamento el dicho, la tía Manuela tragó saliva y supo bien disimular, que cuando la cosa no tiene remedio no hay sino, á mal tiempo buena cara.

Marchó Andrés, que así se llamaba el recién casado, á establecerse en el pueblo de su mujer, y quedó la madre con su otro hijo.

—Ahora es la mfa, pensó Malalengua; con poco que lleve y traiga, se arma una guerra que ni la de Napoleon.

Como ocho días haría que el puesto de Andrés quedó vacío en la casa de su madre, cuando se llegó á ella Malalengua.

—Muy buenos días tenga usted, tía

Manuela; un recadito le traigo del que tiene usted ahora en el pensamiento.

—¿Cómo está el hijo de mis entrañas? preguntó la madre olvidando con el ansia de saber y hablar de su Andrés la prudencia de toda su vida.

—Como la propia rosa, respondió Malalengua, pensando herirla por la envidia y los celos; la alegría y el gusto le chorrean por todo el cuerpo, como que está con la baba caída con la alhaja de su mujer.

Pero la muy tunante no contaba con que las malas pasiones no tienen cabida en el corazón de las madres; y se quedó turulata al ver como aquella cruzaba las manos en acción de gracias y levantando los ojos al cielo exclamaba con todo su corazón.

—¡El Señor los bendiga!

Esta vez fué malalengua quien se largó con un humor tan perro que no parecía sino que los demonios se la llevaban.

Pero si á maldiciente no la ganaba nadie, á terca tampoco; y pasados que fueron unos días, ya estaba otra vez allí con la embajada.

—Dios guarde á usted, tía Manuela; de allá abajo vengo ahora mismo.

—¿Y cómo siguen los hijos de mi vida? preguntaba afanosa la muy madraza.

—Pues haga usted cuenta que para ellos el mundo entero está en su casita, que han puesto como un nido de oro, donde los dos pichones se arrullan, día y noche, que aquello da envidia y se le hace á una agua la boca...

—¡El Señor los bendiga! volvió á repetir la buena mujer con el mayor contento.

Dióse á todos los diablos Malalengua con tantas bendiciones, y se propuso cambiar de rumbo.

—¿Qué noticias me trae usted de por allá? preguntó la madre pasadas algunas semanas.

—No tan buenas como yo deseara, respondió la grandísima bribona poniendo la cara muy compunjada.

—¿Está malo el hijo de mi alma? interrogó la pobre mujer llena de sobresalto.

—Como malo no lo está: pero mire usted, ¿quien lo había de decir? no es oro todo lo que reluce en aquella casa, y ya suspira por la de su madre donde tan minado y atendido estaba, mientras que ahora... la mujer le ha salido tan aragana y melindrosa que no aprovecha ni para señorita de esas que tienen una criada para vestirla, otra para descalzarla y otra para alisarle el cabello. Se levanta á las diez del día, se compone y sale de coma-

dreo por la vecindad; y el puchero sin lumbre, los garbanzos como balines, y la berza más dura que un cuerno, de modo que no se puede comer: venga entonces una fritada de huevos ó unas magras que se tenían reservadas para un día; de modo que sobre ser desidiosa, es despilfarradora hasta echar la casa por la ventana.

Oyó atentamente la tía Manuela el memorial de agravios, y en cuanto la otra hizo punto, dió un respiro como si se hubiese quitado un peso de encima y dijo muy resignada:

—Bendito sea Dios; que aún podía ser peor.

—¡El demonio de la mujer es de estu-col masculló la harpía; pero hay cosas que levantan las mismas piedras.

—Tía Manuela, tengo la sangre más negra que ese pañuelo que lleva usted al pescuezo; díjole la encismadora algún tiempo después.

—Pues ¿qué le pasa á usted? preguntó la otra, y no se acalore de ese modo que pudiera coger una enfermedad.

—Es que yo no tengo alma para ver ciertas cosas, y en poniéndole ley á una persona como se la tengo á usted, tía Manuela, y á ese pobretico de Andres tambien....

—Que Dios se lo pague.

—Muchas gracias; pues iba diciendo que me revienta y me pudre que la casquivana de su mujer le esté matando á fuego lento con los disgustos que le dá cada día; más liviana es que el aire, y donde quiera que haya bulla, allí se ha de meter de hoz y de coz; y aun cuando la cosa no pase á mayores, pone en mal lugar al marido, que por cierto no merece que lo haga con él como lo hace esa bribona.

Algo se le trasmudó el semblante á la tía Manuela, que hay cosas que así salgan de una mala lengua, siempre llegan al alma; pero se rehizo en seguida y respondió con entera conformidad y sosiego.

—Bendito sea Dios, que aun podía ser peor.

—¡Qué calma y qué pachorra tiene usted, tía Manuela! borboteó la quincallera con ganas de tirarle á la cabeza la cesta de la mercancía.

—Y ¿qué quiere usted, hija? el que no se consuela es porque no quiere.

—¡Vaya que tiene usted unas tragaderas más grandes que la voluntad del Señor!

—Eso no tiene comparacion ni medidas, cuando no deja que la tierra se trague á ciertas mujeres que deberían arder en los profundos.

—Diga usted que si, tía Manuela.

—¡Vaya si lo digo!

Y no dándose por entendida, aunque bien sintió la puntada, se largó la maldita como perro con maza, aun cuando no pudo sosegar sin volver á la carga, pasados que fueron algunos días.

—Buenas y santas noches, tía Manuela; si me hiciera usted el favor de una poquita de enjundia... tengo el gznate que no me puede pasar por él la gracia de Dios.

—Ya se le conoce en el habla.

—De los desazones que una toma, tía Manuela.

—Pues hija, ¡quién como usted, que no tiene hijo ni codijo, ni nadie por quien tenga que darse esas sofoquinas!

—Cabalmente por eso quiero tanto á los buenos amigos, que parece que los tengo metidos en las entretelas del corazón.

—Y puede que maldito lo que se lo agradezcan.

—Le juro que es así, tía Manuela, pero no lo puedo remediar; en viendo ciertas perradas... ó dejar de ir á vender voy al pueblo donde aquel pobretico está viviendo más «afrentao» que si le hubiesen mandado dar cien azotes por mano del verdugo; porque digo á usted que la grandísima sin vergüenza de su mujer... ¿á que no acierta usted como me la encontré la otra tarde? Borracha perdida, hija, borracha perdida. Esta flor le faltaba al ramo; dije yo rompiendo á llorar á la vista de aquella indignidad y de aquella miseria. ¡Y pensar que se ha llevado un mozo como unas perlas! ¡y ha entrado en una familia que á honrada no le gana ni el rey!... ¡Ay tía Manuela, por mucho que quiera usted tragar saliva y hacer de tripas corazón, frita debe usted de vivir con la pícara de su nuera.

—Bendito sea Dios, que aún pudiera ser peor, repitió la buena mujer invariablemente.

Malalengua dió un respingo y se fué diciendo fú como los gatos, pero la terquedad y porfía nacieron hembras, y favorecida por un triste suceso que tuvo lugar en la casa de Andres, acudió á darle la consabida matraca á la pobre vieja.

Esta se preparaba á cerrar la puerta para dirigirse al pueblo donde vivia su hijo, cuando la grandísima encismadora le cerró el paso diciendo

—¿Tiene usted valor para ir á casa de esta arrastrada?

—¿Y porque no? respondió la tía Manuela enjugándose con la punta del delantal una lágrima que se empeñaba en correr por la casa abajo.

—Porque no tiene usted sangre en las

venas si va usted allá; á menos que vaya para hartar de bofetadas á aquella bribona, mala madre que ha matado á su hijo... Lo sé de buena tinta; el cirujano mismo me lo dijo esta mañana tenía el angelito una calentura que se volaba, como que estaba con la denticion; pues la muy picarona dijo que no tenía nada y se fué de fiesta en casa de la tía Chana, que habia casado á la menor de sus hijas. Allí estuvo saltando y brincando toda la santa noche, y cuando de madrugada llegó á su casa, el angelito de Dios estaba con un accidente que si se hubiera acudido á tiempo no fuera nada, pero que ya no tenia remedio. Con que ¿que le parece á usted de la alhaja que le ha caido en suerte á su hijo?

—Bendito sea Dios, que aun podía ser peor, repitió una vez más la tía Manuela

La quincallera se dió á todos los demonios que no la tenían por suya, dejó en el suelo la cesta de la mercancía; cogió por los hombros a la pobre vieja, y sacudiéndola con gran empuje, gritóle:

—Diga, diga, grandísima papanata, ¿qué hay peor que una mujer manirrota, puerca, casquivana, amiga de emborracharse mala esposa y peor madre, hasta dejar morir sin auxilio al hijo de su corazón?

—Una mala lengua, respondió la tía Manuela deshaciéndose como pudo de aquella víbora, y tomando el camino del pueblo donde su hijo habitaba.

Aurora Lista.

EPIGRAMA

A un cliente un mal letrado
«No haya—le dijo—cuidado,
Que yo le defenderé.»
«Y ¿quién—prorrumpió el cuitado—
Me defenderá de usted?»

LA LECTURA POPULAR

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándose la bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares (3 cada número ó sea doscientos periódicos al mes, 120 accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc, ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos enales y otros centros.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones cuartos y octavos de accion.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una accion.	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garota, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de La Semana Católica, Bolsa 10, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.